

TITULO: Agenda Ciudadana/ [Nacionalismo sin sostén](#)

FECHA: Jueves, 6 Agosto 1998

FUENTE: Reforma

AUTOR: Lorenzo Meyer

¿Nacionalismo u oportunismo?

En los tiempos que corren, el gobierno ha decidido una y otra vez echar mano del discurso nacionalista para justificar su política de expulsión de observadores extranjeros en Chiapas o para defenderse de acusaciones externas por corrupción o incapacidad en el combate al narcotráfico. Sin embargo, se trata éste de un nacionalismo epidérmico, sin substancia, básicamente oportunista, sin vitalidad y que ya no logra tener respuesta social. En suma, es un discurso hueco, sin beneficio y sí, quizá, con costos.

El último episodio de este nacionalismo vacío fue algo inesperado, tuvo lugar el 26 de julio e involucró elementos que, en otro tiempo y circunstancia, hubieran sido ingredientes de una mezcla explosiva, pero que hoy ya no dan para gran cosa: la presencia en la zona de la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas -concretamente, en la comunidad de Los Plátanos, escenario de la última acción violenta del gobierno contra los municipios rebeldes zapatistas-, de dos miembros de la agregaduría militar norteamericana -un mayor y un sargento-, un vehículo con placas diplomáticas, un misterioso baúl cuyo contenido se negaron a revelar los militares y, finalmente, un grupo indígena ligado al gobierno (paramilitares, según fuentes norteamericanas) que detuvo a estos últimos por varias horas como parte de una política agresiva -y, por lo visto, indiscriminada- en contra de los observadores extranjeros.

¿Incidente mayor o mera anécdota?

Desde enero de 1994, y dentro de sus atribuciones, la embajada norteamericana en México ha enviado a observadores civiles y militares a recabar información en la zona del conflicto entre los insurgentes indígenas (EZLN) y el gobierno. En los últimos 12 meses, y según fuentes norteamericanas, el personal de la agregaduría militar de Estados Unidos en México ha hecho nueve visitas a Chiapas (La Jornada, 1o. de agosto). Lo que distingue a la última de todas las anteriores, es la agresividad con que la recibieron los paramilitares priístas -esos paramilitares que, según las repetidas declaraciones oficiales, no existen-, que en su empeño por cumplir el papel que la política contrainsurgente del gobierno les ha asignado, detuvieron ilegalmente a quienes no era políticamente correcto detener: a dos militares-diplomáticos de la mayor potencia mundial que se encontraban ahí en el desempeño de sus funciones oficiales.

El incidente hizo inevitable que la prensa se percatara de lo ocurrido y diera a ese último viaje de los agregados militares de Estados Unidos una publicidad que no habían tenido los anteriores. Con el gran control que desde 1994 tienen los retenes del Ejército mexicano, Gobernación, la Procuraduría General y la policía local, sobre todo aquél o aquello que entra o sale de la zona del conflicto en Chiapas, es evidente que el gobierno mexicano sabía

muy bien de las anteriores visitas de personal de la embajada norteamericana a Chiapas. Por ello resulta falsa, hipócrita y fuera de lugar, la sorpresa y la preocupación mostrada por la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) ante la presencia en Los Plátanos de militares norteamericanos acreditados ante el gobierno mexicano.

La explicación que la Cancillería pidió al encargado de negocios norteamericano en México por lo ocurrido en el municipio de El Bosque, tuvo la respuesta previsible: el gobierno de Estados Unidos recordó al mexicano que sus diplomáticos acreditados ante la SRE pueden viajar a cualquier parte del país en el desempeño de sus funciones que, entre otras, incluyen recabar información sobre todos los procesos políticos, económicos y sociales que ocurren en el país, de la misma manera que los diplomáticos mexicanos acreditados ante el gobierno de Washington -incluidos los excelentemente bien pagados agregados militares mexicanos- pueden viajar por el territorio de la Unión Americana para ver lo que ahí sucede sin pedir permiso ni notificar con antelación al Departamento de Estado. Esto, obviamente, lo sabía bien la SRE -es algo elemental-, entonces ¿por qué se pidieron explicaciones a la embajada norteamericana sobre un hecho que no la requería? La respuesta obvia es que la acción de la SRE era para consumo interno, para que el público mexicano tomase nota de lo celoso que es el gobierno mexicano en la defensa de la soberanía ante los embates del "extraño enemigo" -y los agregados militares extranjeros son personajes perfectos para desempeñar el papel de ese enemigo- que supuestamente la vulneran. El falso escándalo busca, también, desviar la atención del hecho que cuando las autoridades municipales designadas por las bases sociales del zapatismo detuvieron a un guatemalteco por incurrir en lo que la comunidad consideró una falta, de inmediato se puso en marcha una columna mixta de centenares de policías y soldados para liberarlo y, de paso arrestar a los zapatistas, pero cuando los paramilitares priístas detuvieron por equivocación a unos aliados objetivos del gobierno -los militares norteamericanos- no se hizo nada: la doble vara de medir, conocida de todos.

Es claro que sí el Ejército de Estados Unidos está directamente involucrado en la lucha antizapatista -una posibilidad aunque no una seguridad, pues Washington ya dio por concluida su larga lucha antiinsurgente y anticomunista en Latinoamérica- lo está en coordinación con quienes no hace mucho recibieron con honores al secretario de Defensa de Estados Unidos y hoy le compran a ese país millones de dólares en armas y les piden que eduquen a varios cientos de sus oficiales en sus escuelas antiinsurgentes: la Secretaría de la Defensa Nacional. El escándalo provocado en la SRE o en el PRI (véase al respecto la declaración de Mariano Palacios Alcocer del 30 de julio) por la presencia conspicua de dos militares norteamericanos en Chiapas, es reflejo de una mala conciencia.

El verdadero nacionalismo

Se supone que la esencia del nacionalismo es la búsqueda -incluso por la fuerza y a costa del sacrificio de bienes y vidas- del derecho al desarrollo autónomo de una comunidad forjada a lo largo de siglos de historia. Se supone, también, que la subordinación del interés extranjero al interés de esa comunidad, es una condición necesaria e insustituible para superar su atraso económico, social y cultural y ganar en autoestima y confianza.

En el México de fines del siglo XX, el nacionalismo tradicional está metido en un grave dilema: el desarrollo autónomo del país se contraponen en varios aspectos esenciales a las tendencias mundiales que marchan en el sentido de la demolición de las fronteras económicas, la globalización y la construcción de comunidades supranacionales, como la Unión Europea, el Mercosur o, más próximo, el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN). Los mercados nacionales, cuna del capitalismo, hoy son insuficientes para sostener el crecimiento; por ello en México se ha abandonado la autodeterminación económica que hasta 1982 constituyó la esencia del proyecto nacional.

La política que hasta hace poco requería que la banca quedara en manos mexicanas, que la inversión en sectores estratégicos -petróleo, electricidad, comunicaciones- fuera no sólo mexicana sino pública y que en otras áreas el capital extranjero tuviera un papel minoritario, hoy ya dejó de ser parte de la definición de la soberanía nacional en México y en muchos otros lugares. Sin embargo, aun aceptando los supuestos del nuevo sistema global, resulta que aún hay espacio para el nacionalismo, pero definido de otra manera y donde lo escandaloso no son un par de militares estadounidenses en Chiapas.

Para empezar, si no se quiere tener a observadores civiles o militares extranjeros en zonas donde hay conflictos, la solución patriótica no es expulsar hoy a los civiles y poner el grito en el cielo cuando la prensa detecta a los diplomáticos y militares, sino desarrollar políticas para impedir la perpetuación de la marginación de los indígenas o de otros grupos en la pobreza extrema al punto que resulte racional para los afectados el tomar las armas para que sus demandas sean escuchadas. La política seguida por los gobiernos de la postrevolución mexicana en Chiapas, Guerrero, Oaxaca y en todos los demás sitios donde campesinos e indígenas -supuestamente "los hijos predilectos del régimen"- quedaron sujetos a la arbitrariedad de los caciques, al despojo patrocinado por las autoridades y a la miseria propiciada por un mercado que funciona en su contra, es una política destructora de la unidad nacional y por lo mismo antinacionalista.

La vía para asegurar la autodeterminación en un sistema dominado por los intereses del gran capital y los brutales dictados del mercado y del capital mundiales, tiene ya poco que ver con la independencia económica y más, mucho más, con la puesta en marcha y el sostén de políticas económicas y fiscales sanas. Hacer depender la buena marcha de la economía nacional del capital especulativo externo como lo hizo la administración de Carlos Salinas para crear una falsa imagen de prosperidad en el momento de la elección presidencial de 1994, es una acción antinacionalista. Y lo mismo se puede decir de una política fiscal concentradora del ingreso, como la actual.

Hacer vigente la concepción moderna del nacionalismo es mantener la vigencia del Estado de Derecho y de un sistema real de impartición de justicia. Si México fuera así, no habría operaciones "Casablanca" en Estados Unidos ni el Congreso norteamericano intervendría para tener la seguridad de que el gobierno mexicano está o no cumpliendo con su compromiso de combatir al narcotráfico y sus actividades colaterales. Nacionalismo auténtico es dar forma a unos cuerpos de policía, Ministerio Público y jueces, que garanticen la seguridad cotidiana de nacionales y extranjeros a lo largo y ancho del territorio nacional y no haya lugar a que las cancillerías extranjeras adviertan a sus nacionales sobre los peligros de visitar la Ciudad de México y otros sitios del país donde el

crimen está simplemente fuera de control y la ingobernabilidad sienta sus reales. Nacionalismo es desarrollar un esfuerzo para evitar eso que Paul Berman, en el New York Times (2 de agosto) definió respecto de la capital mexicana pero que es válido para muchas otras partes del país: "un proceso impreciso, informe, de colapso social".

El colapso social que hoy caracteriza a México, tiene una relación directa con el ensanchamiento de las diferencias entre el pequeño grupo de los que tienen mucho y los millones que tienen muy poco. El verdadero atentado a la unidad nacional -cimiento del nacionalismo-, lo que está fragmentando a la comunidad mexicana y hace muy difícil llevar adelante el proyecto colectivo, se puede ilustrar con dos ejemplos actuales y dramáticos. Por un lado, está el caso de un puñado de empresas cuyas deudas millonarias con los bancos privados se pasaron al Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa) para que, luego, por vía de una decisión del gobierno federal, se conviertan en deuda pública, es decir, en deuda de la nación. Parte de los 552 mil millones de pesos a los que ascienden las obligaciones del Fobaproa, corresponde a quiebras auténticas y parte a decisiones políticas ilegítimas -y quizá también ilegales-, que pretenden mantener y ahondar la inequidad en las cargas sociales. Por otro lado, está la miseria patente en Zacatecas, donde va en aumento el consumo de carne de rata y de burro tanto en la población rural como en la urbana -la rata de campo se vende a 10 pesos la pieza-; las cifras señalan a Zacatecas, recién perdida para el PRI, como el primer estado en el subconsumo de carne (El Financiero, 2 de agosto).

Conclusión

La defensa de la soberanía y del interés nacional no está en llamarse a escándalo por la visita de dos militares y diplomáticos norteamericanos acreditados como tales a Chiapas, sino en comprender y atacar las causas de la rebelión chiapaneca y de la creciente marginación social en el país, en impedir la formación y las acciones de los cuerpos paramilitares que los detuvieron y, también, en discutir abiertamente la naturaleza de la creciente relación del Ejército mexicano con el norteamericano.